



La crisis asiática y el concepto de hegemonía regional: otra perspectiva sobre la recuperación.

Autor: Eduardo T. Amadeo

En Panorama de la Economía Internacional N° 3
Centro de Economía Internacional
Secretaría de Relaciones Económicas Internacionales,
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional
y Culto.

Mayo 1999.

www.asiayargentina.com

[E-mail: contactenos@asiayargentina.com](mailto:contactenos@asiayargentina.com)

Introducción

El estallido de la crisis de los mercados financieros del Este de Asia y el posterior reconocimiento de la magnitud de este trance sobre el conjunto de la economía mundial, han sido un potente disparador de ideas que apuntan a explicar tanto las causas de la crisis como las políticas que deberían aplicarse para prevenirlas y/o mitigar sus efectos. Sin embargo, la continuación y la profundización de la misma a través del contagio hacia otras regiones del globo, pareciera evidenciar que no es posible pensar en una única causa para explicar el desequilibrio, sino en un agregado de factores -diferentes en cada caso- que han contribuido de forma dispar en la realidad propia de cada país de dicha región.

Si bien es plausible entender la crisis como una suma de diferentes factores de orden doméstico que han ido desencadenándose uno al otro en razón de un proceso de pérdida de confianza de parte de los mercados financieros internacionales, siempre existe la tentación de buscar explicaciones del tipo "estructural" que permitan echar cierta luz sobre el proceso y las posibilidades de rebrotes futuros.

A partir del derrumbe financiero-bursátil de 1929, han sido numerosos los economistas e historiadores que buscaron formular respuestas globales para esclarecer las causas y la magnitud de las crisis económicas y financieras. Dentro de este grupo, Charles Kindleberger, trató de explicar desde la perspectiva de la economía política internacional los sucesos posteriores a 1930 – es decir, la profundidad de la crisis y su traslado al resto del mundo a través del sistema mundial del comercio y las finanzas- partiendo de la percepción de que la economía internacional se volvió inestable como consecuencia de la incapacidad británica de mantener su poder hegemónico y la falta de voluntad norteamericana para asumir dicho papel. Esta "responsabilidad" implicaba hacerse cargo del rol de *potencia hegemónica internacional* y, como tal, impulsar y/o implementar la adopción de estrategias tendientes a re-equilibrar el sistema, así como también aplicar políticas que "sirvan como ejemplo" al resto de la comunidad internacional para evitar la perpetuación, profundización y propagación de los problemas originales.

En este sentido, el presente trabajo intentará analizar las posibilidades de que una potencia regional -en este caso Japón- comience a impulsar políticas que ayuden a la recuperación de las economías del Este de Asia. En primer término, se describirá la teoría propuesta por Kindleberger y se discutirá sobre su aplicabilidad en el presente. Segundo, se efectuará una descripción del peso japonés en la región; la cual servirá para determinar la capacidad nipona de aplicar medidas que posicionen a dicho país como poder hegemónico en la esfera asiática y, desde allí aportar a la recuperación asiática. Finalmente, se intentará unir las recomendaciones de la teoría con la realidad actual japonesa para así evaluar las reales posibilidades de que Japón se constituya como potencia hegemónica en el Este Asiático.

El concepto de "Estabilizador Hegemónico"

A mediados de los 70', Kindleberger introduce la llamada "*Teoría de la Estabilidad Hegemónica*", según la cual una economía mundial abierta y liberal exige la existencia de una potencia hegemónica o dominante, capaz de mantener la estabilidad del sistema económico mundial.

Dicha hipótesis no sostiene que la economía internacional sería incapaz de existir y funcionar en ausencia de la hegemonía, sino que señala que un tipo particular de orden económico internacional –el liberal- no podría florecer y alcanzar su desarrollo si no fuera en presencia de tal poder hegemónico. En este sentido, solo el orden económico internacional puede mantenerse estable en presencia de un hegemón no solo capaz de mantener el equilibrio sino también interesado en hacerlo.

Según la teoría, el líder hegemónico cumple un papel crucial para el funcionamiento de la economía mundial, utilizando sus influjos y su poder político y económico a efectos de definir principios y normas para la toma de decisiones que pudieran afectar el funcionamiento de la economía internacional -estableciendo regímenes internacionales-, disminuyendo así la posibilidad del surgimiento de conflictos y facilitando los acuerdos entre países.

Kindleberger -en congruencia con cierta bibliografía cercana a Gramsci- sostiene que el liderazgo, además de estar basado en la posesión de capacidades materiales, se apoya en la creencia general sobre su legitimidad,

sustentada en su status y prestigio dentro del sistema político internacional. Esto implica un importante consenso sobre los valores que rigen dentro del sistema, por lo que se establece también una *hegemonía ideológica* en la que los otros posibles estados competidores apoyan y aprueban la legitimidad del líder. Si las acciones del líder comenzaran a ser sospechadas por el resto de los estados como "egoístas" o contrarias a los intereses del sistema, se produciría un importante deterioro del poder de liderazgo, aún en el caso en que no se observase una disminución en la capacidad material del poder hegemónico.

Por lo tanto, la potencia hegemónica debería poseer tres características para ser considerada como tal, poder material –traducido en participación dentro de la economía y el comercio mundial–, prestigio ideológico frente a los demás estados –especialmente los más fuertes– y una determinación política por mantener y utilizar esa supremacía a efectos de garantizar la estabilidad del sistema económico internacional.

En su análisis de la Crisis del 1929, Kindleberger sostiene que, en ausencia de Gran Bretaña, Estados Unidos no cumplió con las cinco funciones necesarias para asumir su función de líder hegemónico y así contribuir a la estabilización del sistema, razón por la cual durante esos años la economía internacional vivió un periodo de fuerte inestabilidad:

1. *Mantener un mercado –de tamaño relevante– relativamente abierto para los bienes excedentes que se han acumulado en el extranjero, lo que significa afirmar la práctica del libre intercambio.*
2. *Impulsar políticas anticíclicas de préstamos a largo plazo.*
3. *Estructurar un sistema relativamente estable de tipos de cambio.*
4. *Asegurar la coordinación de políticas macroeconómicas.*
5. *Actuar como prestamista de última instancia, proporcionando liquidez en los momentos de crisis.*

Pensando en el presente

A lo largo de la historia, los factores necesarios para la emergencia de líderes del tipo descrito se han conjugado solo en dos oportunidades. La primera fue la llamada *Pax Britannica*, que se extendió desde las guerras Napoleónicas hasta la Primera Guerra Mundial. La segunda llegó luego del fin de la Segunda Guerra, cuando Estados Unidos pasó a ocupar finalmente el rol de primera potencia mundial, contribuyendo activamente en la construcción de un nuevo orden internacional y promoviendo las nuevas instituciones rectoras de dicho régimen a partir de los acuerdos de Bretton Woods y la conformación del sistema de las Naciones Unidas.

Por lo tanto, la teoría de la Estabilidad Hegemónica muestra que las condiciones para la instauración de un liderazgo de las características mencionadas solo se han logrado en escasas circunstancias y no a lo largo de la continuidad del tiempo. Sin embargo, la pregunta relevante es si es posible aplicar esta teoría en los tiempos actuales, teniendo especialmente en cuenta la Crisis de las Economías Asiáticas.

Como punto de partida en la Guerra de Vietnam y, más adelante en la caída del sistema de tipo de cambio fijo en 1973, el poder hegemónico norteamericano comenzó un proceso de paulatina decadencia que lo llevó a dejar de ser el protagonista excluyente del orden internacional, sin que ningún otro poder ocupara dicho espacio. Ya en los años 80, mucho se especuló sobre la llamada *Era Post-Hegemónica* y la posibilidad del surgimiento de un nuevo líder, tanto desde la Unión Europea, -que en esos años terminaba de darse forma- como desde Japón y el "pronóstico" de que este último tomaría la delantera a partir del nuevo siglo. Otra línea de pensamiento exploró la idea de la *Cooperación Post-Hegemónica* a través del mantenimiento de instituciones –creadas durante el periodo hegemónico– que coordinen las relaciones internacionales, estableciendo las reglas del juego e incentivando a los países a cooperar entre ellos.

La caída de la Unión Soviética significó un fuerte golpe para las diversas teorías que se estaban desarrollando hasta el momento, alentando la posibilidad del resurgimiento de una *Pax Americana* bajo la nueva supremacía de los Estados Unidos, principal potencia económica y militar del mundo. Actualmente, ningún país por sí solo es

capaz de discutir el poder norteamericano en el concierto mundial, especialmente en el terreno militar. Sin embargo, -y aunque este punto está abierto a debate- a pesar de la prosperidad de la economía norteamericana a lo largo de la década y su status de "superpotencia global", esto no parece ser suficiente para igualar la condición hegemónica posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Tal vez una explicación más efectiva, es la que proviene de la aproximación gramsciana a la hegemonía, la cual -como ya se ha mencionado- resalta la condición indispensable que el poder material esté sustentado por un consenso ideológico sobre el liderazgo del hegemón -además de la iniciativa del mismo por mantener su condición-. Por un lado, éste concepto, explicaría la dificultad norteamericana para universalizar sus valores culturales como factor que impide su consagración hegemónica global. Además de ello, no está claro que haya un explícito cometido por acreditar su condición de superpotencia económica y militar de manera hegemónica, sino que utilizaría este poder en función de sus intereses inmediatos.

La explicación de la hegemonía tal como la entiende la perspectiva gramsciana también puede intercalarse dentro de un modelo que volvió a resurgir a inicios de la administración Clinton. Allí, reapareció la idea de la *geoeconomía* como el determinante crucial del ascenso y la caída de las naciones en el sistema internacional y que el poder militar paulatinamente se iría volviendo menos relevante. La consecuencia central del pensamiento geoeconómico es la idea de un mundo que evoluciona hacia tres bloques económicos competitivos que comprenden: la región de Asia Pacífico -liderada por Japón-, el Hemisferio Occidental -EE.UU.- y el Bloque Europeo -centrado en Alemania-.

Ahora, mientras que los defensores de esta teoría pronosticaban una competencia entre tres esferas independientes que llevarían finalmente a la preeminencia de uno sobre el resto, los intelectuales gramscianos aceptan en parte la idea de la "Triada", pero suponen un "mundo de tres poderes centrales coexistentes que, mediante un proceso de relaciones conflictivas y cooperativas, transitan hacia una cada vez mayor integración".

Este concepto es de notable relevancia para vislumbrar un esquema sobre el orden mundial actual. En primer término, presenta una visión superadora de la idea de los tres bloques competitivos, ya que le da un rol de peso a los procesos de acumulación que corren horizontalmente a lo largo del globo, es decir, la multinacionalización de la producción y el comercio, los flujos de capitales e inversiones y la globalización de la tecnología, realidades que parecerían tener poca cabida en un mundo tripolar carente de interdependencia entre las partes.

Además, ayuda a comprender el esquema de poder dentro de un marco en el que si bien parecerían estar dadas ciertas condiciones necesarias para la aparición de un orden hegemónico o post-hegemónico -en cuanto a la existencia normas e instituciones internacionales que de alguna forma regulan y dan forma a las relaciones internacionales-, no existe un poder único que "conduzca" y vele por los destinos del sistema. Es en este esquema en que se puede ahora pensar en tres poderes que lideren hegemónicamente cada una de sus respectivas zonas de influencia.

Al detenernos un poco en este concepto, podemos pensar a cada uno de estos bloques como *hegemonías regionales* dentro de las cuales, coexisten modelos de acumulación similares y una "ideología" predominante sobre el desarrollo, a las que se suman intrincadas redes que generan una fuerte interdependencia comercial, financiera y tecnológica dentro de cada esfera regional. Sin embargo, estos tres bloques no pueden considerarse como independientes, sino cada vez con mayor fuerza aparecen corrientes que los recorren transversalmente, generando relaciones de cooperación y conflicto entre los mismos.

Finalmente, es dentro de este marco teórico que se pretende analizar a Japón con respecto a la Crisis del Este de Asia, pensando en el peso que puede tener el supuesto poder hegemónico nipón dentro de la esfera regional. Cabe tener en cuenta que este modelo no solo puede aplicarse al caso asiático, sino que también se ha reflejado en situaciones anteriores. Tal es el caso de la Crisis del Tequila, en donde Estados Unidos, a meses de la firma del NAFTA, no podía permitir que uno de sus principales socios comerciales y vecino cayera, en virtud de las consecuencias que la debacle mexicana podría traer para Norteamérica - presión inmigratoria, mayor devaluación competitiva del peso, disminución de las exportaciones de EE.UU., etc.- por lo que mantuvo los compromisos comerciales suscriptos y se erigió como prestamista de última instancia refinanciando la deuda y aportando los recursos necesarios para la recuperación mexicana. Asimismo, la Unión Europea también ha actuado de manera similar con las llamadas "Economías en Transición", las cuales, luego de la caída de la Unión Soviética, fueron en cierta forma "absorvidas" dentro de la esfera europea, permitiendo su reconversión al capitalismo sin que entraran en una debacle económica y financiera.

Dicho esto, la pregunta pertinente es porqué Japón no ha podido hasta el momento asumir en el Este de Asia el mismo rol de Estados Unidos y Europa en el Hemisferio Occidental, teniendo en cuenta su condición de primer economía de la región y ,en términos generales, modelo de desarrollo para los países de la cuenca del Pacífico, lo que implicaría el potencial necesario para afirmarse como el poder hegemónico del Este de Asia, especialmente teniendo en cuenta que 8 años atrás, influyentes analistas predecían que Japón llegaría a ser la primer economía mundial con el inicio del nuevo milenio.

Rol de Japón en la gestación del "Milagro Asiático"

Cuando se piensa en los orígenes del llamado "Milagro Asiático", las referencias toman a Japón como el país que inició el proceso de mayor crecimiento económico sostenido de cualquier región en toda la historia; asimismo es bastante generalizada la evidencia acerca de su rol fundamental para que la ola de crecimiento acelerado se extendiera a toda la región entre los '70 y '90.

En general, parecieran haber existido dos corrientes por las cuales Japón ejerció una influencia substancial sobre el desarrollo de los NICs –primero- y de los países del ASEAN – más adelante -. La primera de ellas está emparentada con los modelos de desarrollo adoptados por los países de la zona, especialmente Corea y Taiwan desde mediados de la década del '60. La segunda corriente tendría que ver con los flujos de inversiones y créditos japoneses que comenzaron a destinarse a la región a desde los años 80, a partir de los cuales comenzó el proceso de crecimiento en el Sudeste de Asia y un afianzamiento en el desarrollo de los NICs.

Variación anual promedio del PBI en el Este de Asia

País	1975-82	1983-89	1990-96	1997	1998*	PBI nominal 1998**
Japón	3,9	4,1	1,8	0,8	-2,8	4.127,4
China	6,0	10,7	15,7	8,8	7,8	958,6
Corea	7,0	9,6	8,9	5,5	-5,4	296,5
Malasia	7,1	5,4	11,1	7,8	-7,0	70,3
Taiwan	8,5	9,2	n.d.	6,8	5,1	267,7
Tailandia	7,0	8,1	8,3	-0,4	-8,0	115,0
Singapur	8,0	6,9	8,8	7,8	1,5	87,0
Indonesia	9,3	7,2	8,5	4,9	-13,7	127,3
Filipinas	5,6	1,1	3,4	5,1	-0,5	67,6

*Fuentes: CEI en base a FMI y Warburg Dillon Read *Estimado **en miles de millones de dólares*

A mediados de los años sesenta, en tiempos en que Japón presentaba tasas de crecimiento del producto superiores al 9% anual promedio, los países hoy llamados NICs, se embarcaron en procesos de industrialización que los llevaría a un ciclo de desarrollo económico de más de dos décadas, siendo su principal referente el modelo japonés.

Como consecuencia, pueden delinearse ciertas características comunes que fueron tomadas – con sus diferentes matices- del modelo japonés para el sendero que iniciaron los países luego llamados de

industrialización tardía. Como punto de partida puede mencionarse la idea de *Alliance Capitalism*, según la cual el Estado tenía un papel central en la planificación estratégica de las políticas industriales a seguir, reservándose una gran porción de discrecionalidad en la toma de decisiones. También, el modelo se caracterizaba por mantener altas tasas de ahorro e inversión, las cuales, sumadas a periodos iniciales de sustitución de importaciones desembocaron en fuertes políticas de sesgo exportador en las que se aprovechaban las ventajas competitivas emanadas del bajo costo de la mano de obra, contribuyendo a la construcción de un modelo de "Export Led Growth". A partir de estos rasgos generales, las variaciones que han podido encontrarse en los países de la región se asocian al grado de intervención estatal, concentración del poder económico, el rol del Estado como financista de la actividad económica y las características de las redes de comercio necesarias para cada modelo de desarrollo, entre otras.

La segunda corriente viene de la mano del proceso por el cual Japón comenzó a invertir en el Este de Asia a partir de los años setenta y en el Sudeste de la región en los 80. De esta manera se buscaron aprovechar los bajos costos de producción existentes en los países de menor desarrollo relativo de la región y evitar las barreras que había comenzado a levantar Estados Unidos a las exportaciones japonesas –inicialmente en el sector textil–.

El viraje definitivo en el proceso de integración regional en el Este Asiático comenzó con el reposicionamiento de las tipos de cambio a partir de los *Acuerdos del Plaza* en 1985 –destinados a reducir el déficit comercial norteamericano–. El "superyen" de los años '80 tuvo un impacto negativo en términos de competitividad para los productos nipones, provocando una contracción de las ganancias y una desaceleración del crecimiento japonés, lo que se tradujo en una activación de los flujos de inversiones directas japonesas en el resto de los países del área –con mejores dotaciones de recursos naturales y mano de obra más barata–. Además, la revaluación de la moneda implicó un incremento de la liquidez, permitiendo que las empresas japonesas puedan financiar la IED a menor costo que los otros competidores extranjeros. Así, –desde la segunda mitad de los 80– Japón concentró su economía en la producción de bienes de mayor sofisticación tecnológica y desterritorializó las industrias intensivas en mano de obra hacia zonas de menores costos en la región, es decir, los países del ASEAN y –posteriormente– China.

Flujos de Inversiones Directas Japonesas (composición %)

Regiones	1986	1988	1990	1992	1995
Norteamérica	53,6	50,0	45,9	41,5	43,8
Europa	18,3	21,0	25,1	20,7	16,7
Este de Asia	12,2	12,7	12,2	18,1	23,2
NICs	8,1	7,5	5,9	5,6	6,3
Asean 4	4,9	4,5	5,7	9,4	8,1
China	1,2	0,7	0,6	3,1	8,8

Fuentes: CEI en base a Ministry of Finance of Japan y Jetro

Participación Japonesa y Norteamericana en las IED totales al Asia

Países / Regiones	1986	1990	1995
	Japón EE.UU.	Japón EE.UU.	Japón EE.UU.
Este de Asia	25,8 18,8	27,5 10,8	16,5 12,2
NIC's	35,8 29,6	34,2 32,7	24,1 38,8
Asean 4	30,3 11,1	28,1 6,2	20,4 10,8
China	10,7 16,8	14,4 13,1	8,3 8,2

Fuente: CEI en base a Jetro

El incremento de las inversiones en Asia Oriental llevó a que Japón se afanzara como el principal inversor en la zona -con una participación del 25,8% 1986-. Así, el punto culminante se dio a principios de la década del 90; al mismo tiempo que las inversiones norteamericanas tenían una participación del 10,8%, las IED de origen japonés representaban el 27,5% del total de los flujos enviados a la región.

Este proceso, además de haber implicado un incremento significativo de la participación de las economías del Este de Asia en el comercio mundial –en el periodo 85-95 la participación en la exportaciones pasó del 20,1% al 27,1% y en las importaciones del 16,8% al 24,2%-, tuvo como principal característica el excepcional aumento del comercio intra-regional, llevando a un notable grado de interdependencia entre las economías de la región.

Matriz de comercio asiático (composición %)

Exportaciones a:	Este Asiático*		Japón		NICS's		ASEAN 4		Mundo	
	'80	'97	'80	'97	'80	'97	'80	'97	'80	'97
Este Asiático *	31,2	42,2	19,4	27,4	40,3	45,5	48,2	55,0	13,4	21,9
Japón	11,4	14,3	--	--	22,3	19,6	23,5	21,7	6,9	7,6
NIC's	9,2	17,9	6,2	15,6	8,1	15,4	20,1	26,9	4,1	10,3
ASEAN 4	10,6	10,0	13,2	11,8	9,8	10,5	3,8	6,5	2,5	3,9

*Fuente: CEI en base a FMI * excluida China*

Asimismo, durante todo el periodo Japón continuó siendo el actor de más peso dentro del comercio regional y el segundo mayor mercado para las exportaciones asiáticas, luego de Estados Unidos. De todos modos cabe mencionar que entre 1985 y 1995 se registró una sensible disminución de la participación del Japón en el intercambio Asiático como consecuencia del rápido proceso de industrialización experimentado en la región y la consiguiente explosión comercial de la economías de la Cuenca del Pacífico.

En resumen, tanto el modelo de desarrollo japonés como la magnitud de los flujos de inversiones, comercio y créditos nipones hacia las economías asiáticas, configuraron, entre 1985 y 1990, un periodo de virtual "Pax Japonesa" en la región del Este de Asia. En el cual, Japón se había convertido en el factor principal para el

crecimiento regional y el responsable del mantenimiento de dicho proceso. Esta integración *de facto*, inducida por las fuerzas de mercado y basada en una práctica de cooperación "atípica", logró que se insinuara que Japón pudo finalmente lograr -con cierta "facilidad"- *una Esfera de Co-prosperidad del Este de Asia*, objetivo que no había podido alcanzar en la década del 30 mediante el uso de la fuerza.

A lo largo de todo este periodo comenzó a hablarse de los "*Asian Values*" como fuerza motora del desarrollo regional. Así se consideraba a una cultura común -el Confucianismo- como fuente del modelo de desarrollo asiático. Estos valores, basados en una exaltación de la educación, trabajo duro, alto ahorro, espíritu corporativo, pragmatismo y austeridad, empezaron a ser valorados por algunos analistas como superiores a los occidentales, y, por lo tanto, destinados a llevar a la civilización asiática hacia la cima del poder internacional en el próximo siglo.

Sin embargo, en los 90' la prosperidad Japonesa de más de veinticinco años sufrió un brusco revés con la explosión de la llamada "burbuja" financiera, la cual había hecho crecer desmedidamente el valor de los activos entre 1987 y 1990. Al iniciarse la nueva década, las perspectivas inflacionarias -debidas al incremento del precio de los activos- y el inicio de un proceso de depreciación del yen frente al dólar llevaron a que las autoridades monetarias indujeran un incremento de las tasas de interés al 6% a fines de 1990. Como consecuencia, se produjo una crisis de confianza que terminó por "romper" la burbuja especulativa. El estallido provocó un marcado descenso de los precios de las acciones y los activos, a la vez que comenzó a desnudar una incipiente fragilidad en el sistema financiero japonés debido a que las garantías de los préstamos bancarios -expresadas en activos- disminuyeron repentinamente su valor, impidiendo a los bancos recuperar su dinero e incrementando la exposición financiera de los mismos.

Durante los últimos 9 años, Japón no ha logrado recuperarse completamente de dicha crisis. Habiendo crecido solo entre 1994 y 1995, los repetidos intentos por estimular la demanda agregada mediante la baja de la tasa de redescontos y la aplicación de políticas fiscales expansivas no han logrado que el crecimiento económico vuelva al sendero de los años 70 y 80.

¿Japón como Estabilizador Hegemónico de la región?

Apoyándonos en Kindleberger

A pesar de las importantes diferencias que pueden trazarse entre la crisis de 1929 y la desencadenada en el Sudeste Asiático a mediados de 1997, puede ser un ejercicio interesante utilizar las categorías de Kindleberger relativas al papel del estabilizador hegemónico para analizar el desempeño de Japón en su carácter de potencia hegemónica regional, teniendo en cuenta los márgenes de acción delimitados por el contexto internacional, regional y por la propia realidad política y macroeconómica nipona.

Siguiendo el orden expuesto anteriormente, la primer función del líder hegemónico debería ser la de mantener su propio mercado abierto para los excedentes producidos en el extranjero -Sudeste Asiático-. En este sentido, el estancamiento de la economía japonesa, la demanda deprimida y las fluctuaciones entre el yen y el dólar, han constituido un fuerte impedimento para incentivar la estrategia de "*exporting themselves out of trouble*" - exportarse mutuamente para salir del problema-. El estancamiento de la demanda interna japonesa de los últimos años se ha convertido en una barrera prácticamente infranqueable ante los intentos de "conquistar el mercado nipón" con exportaciones. Sumado a ello, el yen debilitado de los últimos años a implicado un incremento de la competitividad relativa de los productos japoneses no solo en el propio mercado sino también frente a Estados Unidos y Europa, que en el caso de la crisis regional se han convertido en los principales destinos de los excedentes exportables.

Este fenómeno no solo ha constituido un impedimento para el incremento de las exportaciones en tiempos de crisis, sino que también ha sido un factor relevante a la hora de analizar las causas de la crisis, puesto que el aumento de la competitividad japonesa implicó una caída de los flujos de IED nipona a la región y una disminución del ritmo de crecimiento de las exportaciones a partir de 1995, con el consecuente perjuicio para la cuenta corriente de los países de la región.

Una segunda tarea del poder hegemónico es la de proporcionar políticas anticíclicas de préstamos a largo plazo. Ahora bien, teniendo en cuenta que para mediados de 1997 el Ministerio de Finanzas admitió que los créditos en problemas sumaban unos 630 mil millones de dólares (15% de toda la cartera de créditos y 16% del

PBI!) y que los bancos japoneses habían prestado a los países del Este de Asia unos 275 mil millones de dólares -totalizando el 34% de los créditos externos a las economías asiáticas-, es de prever que la crisis haya contribuido definitivamente al empeoramiento de la situación del sector financiero japonés. Lo que ha llevado a los bancos a cancelar la refinanciación de las deudas y restringir los requisitos para acceder al crédito. Esto ha creado un círculo vicioso de iliquidez, que ha incrementado las posibilidades de insolvencia de los deudores asiáticos y, consecuentemente, un deterioro de la exposición financiera neta de los bancos japoneses; lo que volverá a reducir aún más los créditos domésticos y regionales.

Participación Japonesa en el Financiamiento de las Economías Asiáticas

	Total (miles de millones de US\$)	Japón (miles de millones de US\$)	% correspondiente a Japón
Tailandia	69,4	37,7	54,3
Indonesia	58,7	23,2	39,5
Malasia	28,8	10,5	36,5
China	57,9	18,7	32,3
Corea del Sur	103,4	23,7	22,9
Taiwan	25,0	3,0	12,0
Filipinas	14,1	2,1	14,9
Hong Kong	222,3	87,4	39,3
Singapur	211,2	65,0	30,8
Total Asia	809,8	275,2	34,0

Fuente: Bancos Centrales reportantes al Banco de Basilea a Junio de 1997

Al reflexionar sobre una reiniciación de los flujos crediticios para las economías asiáticas por parte de Japón, debe tenerse en cuenta que esto debería ser precedido por un saneamiento estructural de las propias finanzas bancarias. Actualmente pareciera haberse logrado la determinación política del Premier Keizo Obuchi por depurar definitivamente el sistema bancario y reducir drásticamente los créditos incobrables. De lograr ponerse en marcha el mecanismo de reestructuración bancaria en Japón, no parece posible que, en el corto plazo, se restablezcan los flujos de créditos a las economías asiáticas puesto que las altas tasas de riesgo que las mismas presentan, implican una restricción inicial muy fuerte para nueva financiación en el marco de una "purga" de la cartera de préstamos japonesa.

El tercer punto mencionado por Kindleberger es el de garantizar un sistema relativamente estable de tipos de cambio. Dado que las políticas cambiarias de los países asiáticos han propendido a vincularse –en mayor o menor proporción– al dólar, la depreciación del yen frente a la divisa norteamericana lo es también frente a las monedas asiáticas. A diferencia de lo sucedido en los años '80, durante la presente década, el yen debilitado ha afectado negativamente el crecimiento económico de las economías asiáticas por medio de dos canales diferentes: un freno en el flujo de inversión directa japonesa y una declinación en la competitividad exportadora asiática vis a vis los productos japoneses. Además de ello, la dualidad manifestada por el mantenimiento de un tipo de cambio asociado a Estados Unidos al mismo tiempo que Japón es el principal socio comercial y financiero, contiene altas probabilidades de caer en nuevas crisis de confianza a partir de las presiones devaluatorias producto de la un yen debilitado frente al dólar.

En éstos términos, se sugiere que una medida recomendable sería la de iniciar un proceso de acercamiento de las monedas asiáticas al yen. Esto significaría que de acuerdo con el tipo de relación comercial que se mantenga con Japón, la divisa japonesa tendría un mayor o menor peso dentro de una canasta de diferentes monedas a la que debería ceñirse cada país. Una variación de las políticas monetarias en este sentido, implicaría eludir las consecuencias de las fluctuaciones cambiarias entre el dólar y yen y así transitar por un camino de mayor estabilidad monetaria. Si bien es cierto que una política como la llevada a cabo hasta mediados de 1997 había sido exitosa en el pasado –cuando la moneda japonesa se mostraba fuerte–, parece evidente que en las circunstancias actuales es recomendable optar por alternativas más conservadoras en términos de potenciales ganancias comerciales y de inversiones.

El comportamiento del yen en los últimos meses implicaría una fuerte evidencia sobre el interés japonés en impulsar su divisa como la moneda de referencia a nivel regional. De este modo, la política actual de mantener la divisa en una situación competitiva frente al dólar parece ser parte de la estrategia mencionada –además de la necesidad de incrementar los flujos de exportaciones en pos de reactivar las tasas de actividad-. Así, se espera que –en el mediano plazo- esta política aliente a las economías asiáticas a optar por un acercamiento de sus canastas monetarias al yen, con el objeto de mejorar su posición competitiva frente al dólar y al mismo tiempo asegurar una cierta estabilidad con respecto a los vaivenes del yen. Asimismo, la intención de establecer un "*Bloque del Yen*" ayudaría a una coordinación de las políticas comerciales de la región, potenciando su poder en el comercio mundial en un contexto de sobreoferta generalizada. De consolidarse este proceso, Japón estaría llevando a cabo la cuarta tarea mencionada por Kindleberger, o sea la coordinación de las políticas macroeconómicas dentro de la esfera de influencia del líder hegemónico regional.

De lograr un acercamiento de las economías asiáticas al yen, Japón podría incrementar notablemente su capacidad de influir en el diseño de las políticas macroeconómicas de la región a partir del manejo de su propia política monetaria. Esta posibilidad no solo estaría sustentada por un posible acercamiento asiático al yen, sino que también sería reforzada por el peso que Japón tiene como acreedor y fuente mayoritaria de las inversiones extranjeras directas en el Este de Asia.

Una segunda aproximación proviene de la idea de coordinación, definida como un conjunto de acciones tendientes a incrementar los flujos de información entre los países de la cuenca del Pacífico mediante la creación de foros de discusión en los que se traten problemas comunes, se establezcan acuerdos y confieran cierta transparencia a las relaciones regionales, ayudando a prevenir la posibilidad de nuevas crisis como la desatada a mediados de 1997. La conformación y el camino transitado por foros como *APEC (Asia Pacific Economic Cooperation)* y *EAEC (East Asian Economic Council)* parecieran confirmar esta idea; asociaciones mínimamente institucionalizadas que pretenden lograr consensos en la región sobre cuestiones de común interés.

Estos instrumentos de coordinación en manos de Japón, parecieran elementos factibles para consolidar el liderazgo hegemónico en el Este Asiático; sin embargo, deben tomarse en cuenta dos factores: En primer término la falta de confianza de muchos de los países de la región en las verdaderas intenciones japonesas, que en vistas del concepto de "hegemonía ideológica", implicarían una restricción sumamente relevante para la consolidación del poder nipón en la Cuenca del Pacífico. En el ámbito económico, si bien es real la influencia económica de Japón sobre la región, es importante recordar que la decisión de tomar las riendas de la coordinación macroeconómica de manera "creíble" significa también dar señales de compromiso a través de concesiones sobre la propia economía frente al resto.

Finalmente, Kindleberger menciona al rol de prestador de última instancia como una función del líder hegemónico. En el contexto actual, esta función merece especial atención en vistas de la difícil relación que el Fondo ha tenido con los países asiáticos al querer imponer sus "Programas de Salvataje" a cambio de ayuda financiera. Tradicionalmente Japón ha sido crítico de la postura característica del FMI y el Banco Mundial sobre los planes de ajuste como método de recuperación económica. De hecho, en la década de los 80's Japón intentó desempeñar este papel en el sudeste asiático, lo que llevó a una controversia con el Banco Mundial sobre el modelo de desarrollo que debía difundirse hacia los países emergentes. Aquí es relevante notar que Japón mostraba una política crediticia completamente diferente a la del Banco Mundial y el Fondo, alentando políticas intervencionistas y de planificación, seguramente más atractivas para los gobiernos asiáticos que las recetas de ajuste y desregulación provenientes de Estados Unidos.

Hasta cierto punto, Japón ha intentado, al menos, recuperar la iniciativa de otros años a través de la aprobación de asistencia financiera a los países en crisis por montos que superan los 42 mil millones de dólares, erigiéndose en el principal aportante de recursos para mitigar los efectos de la crisis –Estados Unidos solo aportó

12 mil millones de dólares-. Sin perjuicio de ello, las debilidades que presenta la coyuntura del sistema financiero japonés no parecen indicar que los créditos de ayuda continuarán, de no mediar una mejoría en la situación de los bancos japoneses y de la economía en general.

Sin embargo, algunos analistas han señalado que tal vez éste sea el momento propicio para reflatar la idea surgida a mediados de 1997 sobre la posibilidad de crear un *Fondo Monetario Asiático*. Teniendo en cuenta que el tamaño de la deuda a ser refinanciada para estabilizar la situación en Asia –300 mil millones de dólares- es realmente pequeña si se la compara con la posición acreedora neta y con las reservas internacionales de la región, la idea de formar un "fondo común" entre los países asiáticos no parece una idea descabellada ni mucho menos. Los efectos contagio por vecindad y las condicionalidades (extremadamente costosas en términos sociales para los gobiernos domésticos) impuestas por el FMI, alentarían a los países a aportar a un fondo que les permita acceder a créditos de ayuda en caso de enfrentar problemas, cuyas condicionalidades solo estarían limitadas a la estabilización de las economías y a la vez significaría una importante señal sobre la capacidad asiática para resolver sus propios problemas y dejar de depender del crédito occidental.

Una visión en conjunto

Si bien Kindleberger construyó su modelo de solución basándose en la crisis de 1929, los párrafos anteriores muestran que las funciones del *Estabilizador Hegemónico* constituyen un marco de referencia válido para situar a Japón dentro del esquema de la crisis Asiática. Ahora bien, luego de analizar los elementos del esquema descripto, es necesario relacionar los mismos con la situación interna japonesa y su capacidad de ser útiles al proceso de recuperación.

Desde que se comenzó a tomar real conciencia de la profundidad y las posibles consecuencias (que luego fueron confirmadas a partir del contagio a otras regiones del mundo) se ha formado un cierto consenso en el ámbito de la economía y las finanzas acerca de que "Japón es parte del problema y consecuentemente parte necesaria de la solución"; esta línea de pensamiento pone el énfasis en la salida del estancamiento japonés como un factor necesario para la vuelta al crecimiento del Este de Asia.

Con el inicio de 1999, comenzaron a surgir informes provenientes del FMI en los que se destacaba que, luego de un difícil inicio en la aplicación de los programas, comienza a vislumbrarse una recuperación de las economías de la región a partir de los procesos de reestructuración financiera impulsados desde el Fondo Monetario. Sin embargo, muchos coinciden que la estabilización financiera y las reformas estructurales iniciadas no son suficientes para lograr un restablecimiento de las tasas de crecimiento anteriores a la crisis. De este modo, los pronósticos indican que la economía real asiática necesitará un año más para volver a la senda del crecimiento - con excepción de Corea-

Desde la perspectiva japonesa, el ajuste de la oferta de créditos y la deprimida demanda agregada de ese país parecen ser los dos principales factores que inciden en la recuperación de las economías regionales. En cuanto a la posibilidad de ampliar el mercado a los productos de la región, el impedimento coyuntural de la baja demanda se suma a la histórica postura japonesa de mantener su economía relativamente cerrada a los productos que compiten con los bienes domésticos y a la competitividad de las exportaciones japonesas en los mercados norteamericano y europeo.

Evolución de la Demanda Japonesa

	1996	1997	1998 *	1999 *
Demanda Privada	5,0	0,6	-3,1	-0,8
Consumo privado	2,9	1,1	-1,3	0,2
Inversión Privada (vivienda)	13,9	-15,7	-10,7	-0,4
Inversión Privada (capital)	9,5	4,3	-7,3	-3,6

Demanda Pública	4,3	-5,6	0,0	-0,4
Consumo Público	1,5	-0,1	0,3	0,4
Inversión Pública	7,2	-11,1	-0,5	-1,4
<i>Fuente: CEI en base a Nikko Research Center *para 1998 estimado y pronosticado para 1999</i>				

En cuanto a la contracción crediticia, además de impedir el refinanciamiento de las deudas contraídas y aliviar a las instituciones financieras en riesgo en el Sudeste Asiático, la dificultad para acceder a préstamos tiene consecuencias directas sobre la posibilidad de utilizar recursos para reactivar las industrias exportadoras, aprovechando así la devaluación competitiva de las monedas asiáticas para incrementar el volumen de exportaciones. Lo mismo se puede decir de las oportunidades para aprovechar los bajos precios de los activos, que permitiría un importante flujo de inversiones directas – especialmente en concepto de fusiones y adquisiciones – en la región auspiciadas por créditos japoneses

También puede agregarse el efecto que han tenido las fluctuaciones entre el dólar y el yen sobre la inversión directa japonesa, la cual –como ya se ha mencionado– se ha visto influida por la mayor rentabilidad de las exportaciones japonesas debida a la depreciación del yen, lo que implica un menor atractivo para las inversiones en los países asiáticos. La devaluación de julio de 1997, significó un fuerte golpe para las compañías japonesas interesadas en el desarrollo de los mercados domésticos de la región, a partir del fuerte enfriamiento de la demanda. Asimismo, estas empresas –financiadas principalmente desde Japón y consumidoras de insumos importados– han sido expuestas a crecientes costos de producción y un incremento en el peso de sus deudas.

Este panorama muestra la existencia de significativa conexión entre la situación económica que atraviesa Japón con las perspectivas de recuperación asiática en el plano de la economía real. Y es a partir de esto que se supone que una reactivación de la economía japonesa es una importante parte del camino para salir de la crisis, no solo en cuanto a la reapertura del comercio, sino también en la continuación de los flujos de inversión a través de la recuperación de las firmas niponas, las cuales sufren de serios problemas financieros y de sobrecapacidad productiva.

La otra parte de la crisis es la cuestión financiera, por la cual Japón ha comenzado a encarar una reestructuración profunda de su sistema bancario que comprende el desprendimiento de la abultada cartera de créditos incobrables. De alcanzar este objetivo, los bancos japoneses tendrían la capacidad de reanudar los flujos de capitales a la región, estimulando la inversión directa y el crédito en los países asiáticos. Además, se calcula que la diferencia de un proceso de este tipo con los ocurridos en el pasado, es que dentro de un marco de mayor liberalización, las decisiones arbitrarias tendrán una menor incidencia en asignación de recursos, haciéndolos más eficientes. Sumado a esto, las defensas que el sistema financiero debiera construir frente a la especulación en un contexto más transparente, establecerían las bases para un mercado financiero asiático más sólido frente a la posibilidad de nuevos shocks financieros.

Las perspectivas de recuperación económica de Japón no son optimistas para el presente año, sin embargo, debe notarse que en los últimos meses han comenzado a implementarse políticas que, si bien no constituyen una panacea para la economía nipona, se muestran alentadoras en cuanto al rumbo tomado, especialmente teniendo en cuenta los efectos sobre el resto de la región. Así, el saneamiento y reestructuración total del sistema bancario, el impulso a la demanda agregada a través de paquetes fiscales de envergadura y una política monetaria que forme expectativas inflacionarias. Son medidas al menos consideradas como atinadas y que al mismo tiempo tienen correlación con una política de compromiso con la región en el mediano plazo.

El desafío para la economía japonesa está en que las decisiones de política sean consistentes en el tiempo. A lo largo de la década las medidas tomadas en pos de una reactivación de la economía en general han sido consideradas por el "establishment" japonés como suficientes para retornar paulatinamente a un estado de crecimiento, sin atentar de modo alguno contra los intereses y estructuras en los que se basa el régimen nipón. Esto ha llevado a desperdiciar enormes cantidades de recursos fiscales sin que se lograra una sustancial variación en los niveles de actividad. Es por ello que la aparente percepción, por parte de las autoridades niponas, de "haber tocado fondo" es saludable en el sentido de que parecerían estar dadas las condiciones para una reversión de la tendencia seguida en los últimos años.

Conclusiones

Las anteriores páginas han tratado de mostrar como repercuten las vicisitudes de la economía japonesa sobre el resto de Asia, asimismo se han delineado los principales factores que impiden una recuperación asiática desde Japón. Para ello, se ha asumido como factible la idea de Japón como factor clave para la recuperación de la crisis en Asia Oriental. Sin embargo, existen otras visiones que indican que la recuperación de Japón es marginal para el crecimiento de las economías de la región.

Un reciente estudio muestra que en los últimos 10 años no se observa una significativa sincronización entre el desempeño de la economía japonesa y el resto del Asia, además se menciona que "Aun si la economía japonesa entrara en un boom, comenzando a crecer al 5% anual, la mayoría de las economías asiáticas apenas se moverían. La contribución promedio de Japón al ASEAN, por ejemplo, sería menor al 0,4% y solo de un 0,2% para China y Corea del Sur, países frecuentemente retratados como altamente dependientes de Japón. Si bien estas cifras parecieran concluyentes, existen ciertas cuestiones que merecen ser atendidas para mostrar la relatividad de las conclusiones que pueden emanar de la comparación del ciclo del producto del Asia Oriental con respecto a Japón.

En primer término, puede pensarse que la falta de simultaneidad observada esté emparentada con que Japón posee –o posea- una suerte de "colchón" financiero que le permitía mantener los flujos de capitales y financiamiento al Este Asiático a pesar de sufrir un estancamiento de la propia economía. Al momento en que el "colchón" dejó de ser lo suficientemente "grueso", - producto de la imposibilidad de salir de la crisis doméstica y de la creciente fragilidad de los bancos- los flujos de capitales y las facilidades para mantener el endeudamiento comenzaron a escasear, poniendo en peligro el proceso de crecimiento de los países del Sudeste de Asia -los cuales muestran una significativa dependencia del financiamiento japonés-. Esta interpretación daría lugar a pensar que la sincronización buscada no debería ser con el producto japonés sino con la capacidad financiera de dicha nación. Una argumentación en este sentido, constituye en una reafirmación de la necesidad por reformar y sanear el sistema bancario japonés, como una de las medidas primordiales en el camino a la recuperación asiática.

Esto no solo implicaría volver a utilizar la capacidad de captar inversiones y financiamiento para incrementar los niveles de actividad, sino que los flujos financieros japoneses en muchas oportunidades han servido como medios para respaldar actividades de intercambio internacional, no solo con la región sino a otras partes del mundo. Por lo que la falta de crédito japonés se convierte en una barrera para el desarrollo del comercio a nivel global. Una perspectiva en este sentido establece una relación entre los capitales nipones y los flujos comerciales que los países del Pacífico puedan tener con otros mercados del mundo.

Una segunda cuestión es la atinente a la mutua dependencia entre Asia y Japón. A lo largo del trabajo se ha intentado evidenciar cómo es que dependen las economías asiáticas de los avatares ocurridos en la tierra del "sol naciente". Sin embargo, poco se ha mencionado la dependencia que Japón tiene de los países del área. Si se considera la relevancia que tiene la región como mercado para los productos nipones –38% de las ventas tienen como destino el Este de Asia-, así también como proveedora de insumos para las industrias de alto valor agregado y como destino "natural" de las necesidades de expansión de las firmas japonesas, es manifiesto que Japón tiene mucho que perder en un contexto asiático deprimido. Si bien no se desea ahondar en la cuestión, es necesario dejar en claro que dentro de un escenario internacional como el descrito - en el que existe una fuerte regionalización del poder – Japón no puede darse el lujo de pretender salir de su propia crisis sin prestar atención a lo que sucede dentro de su esfera de influencia regional.

Este punto pareciera ser una lección para Japón como para los demás países asiáticos en cuanto a lo imperativo que resulta reavivar el comercio regional. Actualmente, los países del Este de Asia -al igual que Japón- miran a Estados Unidos como el potencial receptor de la mayoría de los excedentes comerciales del área, esperando que este país sea el que asuma el papel de "estabilizador hegemónico" –a la Kindleberger- y abra el mercado a las exportaciones de los países en crisis. Sin embargo, el déficit comercial de dicho país con los países de la Cuenca del Pacífico es extremadamente alto y no es claro que Estados Unidos vaya a permitir indefinidamente el crecimiento de dicho déficit a las tasas registradas en 1998.

Finalmente, es necesario hacer un último comentario sobre las posibilidades de cooperación y coordinación en la búsqueda de un restablecimiento económico de la región. Si bien en los últimos meses de 1998 se han observado intentos por reflotar la idea de un Fondo Monetario Asiático, en general los tiempos que se discuten no son menores al mediano plazo. Asimismo, las diversas reuniones de los foros regionales evidencian que por

encima de cualquier esquema de cooperación que se pretenda, se mantiene una puja de poder interestatal que impide cualquier tipo de acuerdo cooperativo que vaya más allá de la mera declamación.

En este sentido, a pesar del indudable poder que Japón ostenta en el Asia Oriental, los intereses norteamericanos –expresados tanto desde el FMI y El Banco Mundial como en APEC- atentan contra las posibilidades de acordar un plan de acción mancomunado. A esto habría que agregar el papel de China, que a pesar de no poder considerarse todavía como un "candidato firme a poder hegemónico regional" -especialmente en términos de recursos financieros y de sostenibilidad del propio modelo-, durante la crisis ha logrado mostrar una "conducta responsable"-particularmente en materia cambiaria- que le ha permitido realzar su imagen en el esquema regional e internacional. En este sentido, la actual política exterior china parece querer mostrar un compromiso por incrementar su poder regional, lo que implicaría una confrontación con los intereses japoneses, especialmente frente a Estados Unidos.

En conclusión, durante los años 80 Japón se constituyó en el factótum para la creación de, tal vez, el área de prosperidad más formidable de la historia. Este proceso le permitió constituir una compleja trama de interdependencias regionales en la que Japón era el centro del "círculo virtuoso" de crecimiento del Este de Asia. Sin embargo, este liderazgo *de facto* instituido en la región nunca fue refrendado ni reconocido *de jure*, ni por Japón ni por los países de su esfera de influencia.

Con el estallido de la crisis y su posterior expansión a la mayoría de las economías de la región, se observa que la configuración económica regional permite –o es más, requiere – de un estabilizador hegemónico que ayude a los países en su salida de la depresión. Sin embargo, la propia realidad interna de Japón y las dudas sobre la necesidad de actuar de manera coordinada, atentan contra la posibilidad de reformular un proyecto común asiático en el corto plazo. No obstante ello, los efectos estructurales de la crisis sobre las economías de la región y sobre la necesidad de reformular los patrones de acumulación, lleva a pensar en un cambio en el comportamiento de los actores regionales, que en el mediano plazo los lleve hacia una mayor coordinación y solidaridad regional, creando redes de protección mutua y una integración que finalmente los muestre como un verdadero bloque regional en el cual Japón probablemente tendrá un rol decisivo.

Nº 27

La crisis asiática y el concepto de hegemonía regional: otra perspectiva sobre la recuperación

Autor: Eduardo T. Amadeo

En **Panorama de la Economía Internacional Nº 3**

Centro de Economía Internacional

Secretaría de Relaciones Económicas Internacionales,

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.

Mayo 1999

www.asiayargentina.com

Editor General: Gustavo A. Girado

E-mail: contactenos@asiayargentina.com